

Anatomía de un moribundo

“Cuéntanos tu cuento” – Fundación Universitaria Católica del Norte

La silueta del gato negro se había desdibujado un poco contra la luz de la luna y ahora se movía con firmeza, en silencio y entre las tumbas, haciendo una audición privada donde todos los actores estaban mudos. El anciano pensó que ya había tomado demasiado y dejó su botella de vodka de un lado, para contemplar cómo, poco a poco, los contornos del gato se desvanecían dadivosamente, al son de un canto fúnebre que solo él podía escuchar.

<<Moriremos juntos- solía decirle su esposa-. Juro que te llevaré conmigo>>. Pero no. Su garantía abnegada se había derrumbado rápidamente la tarde del día anterior, cuando su hija Anastasia la había encontrado en el patio escupiendo una babaza blanca y sangrando por boca y nariz.

Primero sintió pena, luego el último rayo de sol cayó sobre el rostro de la pobre, y por un momento sintió que sus ojos coléricos le gritaban en el más tierno de los silencios, que la auxiliara. Movi6 su cabeza un par de veces intentando recuperar la compostura y al regresar la mirada, se dio cuenta de que el sol, ese que lo mantenía cuerdo, también había muerto.

Se derrumbó sobre su regazo como lo haría una madre con su hijo herido. Allí contempló las sombras que emergían una y otra vez hasta que quedó sumergido en las penumbras más borrascosas con las que se había topado y maldijo mil veces a la muerte, al dolor mismo que sentía y hasta a las corrientes de aire que se cruzaban por allí y que resultaban tan inútiles cuando de devolver el oxígeno a los muertos se trataba.

Puso las manos sobre las caderas hechas de cólera y besó la parte limpia de su rostro, elevando al mismo tiempo una plegaria al cielo para que su alma, que huía de su cuerpo hediondo, fuera admitido sin isagoges en el lugar de reposo, y que su corazón, también hecho de cólera, permaneciera con él en se adarme de memoria que a todos nos es concedido para evocar tiempos ajenos.

Bebió un sorbo de vodka contemplando la tierra humedecida en la que ya descansaba su esposa. Bebió uno más y otro más al ver que también su tumba había estado preparada: el hoyo vacío, sediento, deforme, abierto, como esperándolo. El hoyo hecho de tierra que a veces, en su condición dipsómana, se le parecía más bien al cuarto donde dormían ambos: las cortinas subiendo y bajando cual banderas en huracán, solapando al polvo los movimientos frágiles sobre las cosas que él amaba, cubriéndolas para siempre en un rincón del alma donde solo él tenía acceso. El viento de la ventana vomitaba una escarcha corpulenta y viscosa, mientras que su rostro patético parecía diluirse en mil lágrimas.

Fue cuerdo de nuevo y se puso frente al hoyo que él mismo había cavado un tiempo antes cuando, al ver a su esposa moribunda, tenía la seguridad de que su juramento se cumpliría: <<Moriremos juntos. Te llevaré conmigo>>. Se arrodilló frente a él y le habló con palabras torpes y expeditas desde su ebriedad: <<solo los muertos yacen allí. Tendrás que esperar>>, y sin más, se retiró con la simplicidad absurda de quien no comprende ni su vida misma.

Caminó en silencio hasta la puerta del cementerio, donde volvió la mirada al gato negro que resurgía de nuevo cerca de la tumba de su esposa. Lo vio caer sin control a su hoyo y escuchó trémulo, como desde allí maullaba de forma estridente porque no conseguía salir. Comenzó a caminar despacio hacia él, arropado por el vientillo mortal de aquella ciudad gótica y al poco tiempo, con sus pasos desmañados, logró estar de nuevo frente a su propia tumba, contemplando el desgraciado animal en el fondo de la misma, escarbando con sus patitas negras y peludas la tierra imbatible que lo encerraba.

El hombre dejó su botella de vodka a un lado, se inclinó hacia el fondo y estiró su mano en un intento estúpido por atraparlo. Extendió su cuerpo alcoholizado un poco más y de pronto escuchó un vagido que podía ser suyo, interrumpiendo con ello la serenidad de los muertos que dormían.

Cayó al fondo de su propia tumba y desde allí sintió el calor acogedor que le brindaban los pechos desnudos de la propia tierra, bebió la leche cristalina que salía

de sus mismísimos ojos y comenzó a dar gritillos que se confundían con el sonido de los grillos, las aves nocturnas y la muerte que caía sin más sobre él.

Peleó consigo mismo un rato más, sintiendo un olor putrefacto que no sabía bien de qué lugar provenía. Se echaba atrás y adelante y cuando parecía lograrlo, caía de nuevo hasta darse por vencido y admitirlo: su esposa tenía razón.

Elevó una última mirada hacía la luna flotante y la superficie lejana, y encontró al gato arriba, inefable y discreto, poniendo tierra sobre él, sin detenerse, y hasta cubrirlo por completo. Era como si tapara la suciedad que acababa de dejar.

Nombre completo: Yonica María Bedoya Balvin

Documento de identidad: 1.044.506.961

Programa: Tecnología en Gestión de Agroindustrias Alimenticias.

Correo electrónico: yonik.beba9414@gmail.com

Teléfono de contacto: 312 209 9311 – 318 506 2173